

de que se vive el teólogo de que acabamos de hablar nos parece bastante natural.

Los jansenistas habían publicado en algunos de sus escritos que las cinco proposiciones eran susceptibles de varios sentidos, unos católicos y otros heréticos, y se dejaban de que se les atribuyesen estos malos sentidos, hallándose muy agenos de quererlos defender. Para oponerse á esta queja es por lo que, durante la instrucción de la causa en Roma, los doctores diputados arregló al que fueron condenadas, según ellos mismos lo dicen en términos formales; es así que ese es el mismo sentido de que se retractaron posteriormente las personas que hemos nombrado, y que prescindiendo de ese sentido, nada hubiera tenido de que retractarse. Luego eso es también lo que los mismos jansenistas creían antes de la constitución pontificia.

3.º Lo que defendieron los jansenistas como doctrina propia, la consideraban también como doctrina de Jansenio, pues jamás esta distinción alguna entre ambas. Es así que defendieron como propia doctrina las cinco proposiciones tomadas en su sentido propio y natural: luego entonces creían que ese mismo sentido era el de Jansenio, y por consiguiente, cuando lo niegan, niegan un hecho de que ellos mismos dan pruebas auténticas.

A estas pruebas generales sobre el hecho de los jansenistas, añaden sus adversarios otras particulares, entrando en particular de cada una de las cinco proposiciones, y el método

1.º Los jansenistas, antes de la constitución de Inocencio X, creyeron todo lo que en las congregaciones de Roma defendieron los cuatro consultores amigos suyos, cuyo celo y capacidad alabaron, confortándose con sus pareceres; creyeron, pues, lo mismo de que después se retractaron el P. Wading y el abate de Bourzeis. Es así que aquellos consultores defendieron las cinco proposiciones en su sentido propio y natural, que es el sentido con arreglo al que fueron condenadas, según ellos mismos lo dicen en términos formales; es así que ese es el mismo sentido de que se retractaron posteriormente las personas que hemos nombrado, y que prescindiendo de ese sentido, nada hubiera tenido de que retractarse. Luego eso es también lo que los mismos jansenistas creían antes de la constitución pontificia.

2.º Lo que defendieron los jansenistas como doctrina propia, la consideraban también como doctrina de Jansenio, pues jamás esta distinción alguna entre ambas. Es así que defendieron como propia doctrina las cinco proposiciones tomadas en su sentido propio y natural: luego entonces creían que ese mismo sentido era el de Jansenio, y por consiguiente, cuando lo niegan, niegan un hecho de que ellos mismos dan pruebas auténticas.

A estas pruebas generales sobre el hecho de los jansenistas, añaden sus adversarios otras particulares, entrando en particular de cada una de las cinco proposiciones, y el método

(1) Véase 221

DISERTACION

ESTRACTADA

DEL P. BERTHIER,

sobre los sentimientos de la Iglesia de Francia en el siglo XVI con respecto al uso de las Santas Escrituras.

Los sectarios del siglo XVI acusaron á los católicos de no tener ya casi conocimiento alguno de las Santas Escrituras. Acriminaronles de haberse opuesto á las versiones y lectura de la Biblia en la lengua vulgar, y atacaron vivamente la autoridad que los católicos reconocían en la Iglesia para interpretar los libros inspirados. Estas declamaciones hallaron eco en todos los países donde el error logró sentar sus reales; pero en Francia levantaron mas alto el grito que en ninguna otra parte, bien sea porque el génio de los novadores fuese en ella mas amigo de meter ruido ó bien porque se les combatió con mas viveza.

Este es el punto de vista que nos fijamos; y para vindicar á la Iglesia de Francia del siglo XVI de todo lo concerniente al uso de las Santas Escrituras, demostraremos: 1.º El celo que manifestó por esta clase de estudios; 2.º Las razones que entonces habia para desconfiar de las versiones y lectura de la Biblia en lengua vulgar; 3.º La solidez de los principios que hicieron reconocer que la Iglesia es el intérprete infalible de los Sagrados Libros. En una palabra, hablaremos de estas tres cosas: del estudio, de las versiones y de la interpre-

tacion de la Sagrada Escritura relativamente á la Iglesia de Francia en el siglo XVI y á las herejías que la turbaron.

§ I.—Celo que en el siglo XVI manifestó la Iglesia de Francia por el estudio de la Sagrada Escritura.

No puede dudarse que á fines del siglo XVI el estudio de la Sagrada Escritura fué muy cultivado en la Iglesia de Francia. Las controversias continuas de aquella época con los sectarios habian hecho este estudio mas necesario que nunca, y los progresos de la buena literatura le habian hecho mas facil. Pero hasta mediados de aquel siglo, y particularmente hasta la aparicion de las herejías, ¿qué cuidado se tuvo del estudio de las Sagradas Letras? Esto es lo que nos ha parecido objeto de una interesante cuestion, y por lo tanto vamos á entablarla, limitándonos á los tiempos que acabamos de indicar, ya que á ellos se refieren tambien las grades inyecciones de los sectarios acerca de la supuesta ignorancia de nuestro antepasados. Según Calvino (1), la lectura d

(1) Calvino, in Luc. et in Antidot. Conc. Trid.
B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V. 91

la Biblia estaba abolida totalmente, y entre cien obispos de la Iglesia romana apenas habia uno que hubiese leído una epístola de los Apóstoles ó un pasaje de la historia del Evangelio. Segun Roberto y Enrique Estéfano (1), varios doctores de la Sorbona no querian leer la Biblia, ni permitir que los demas la leyeran, y uno de los mas venerables de aquella universidad solia decir que á pesar de hallarse en la edad de cincuenta años aun no sabia qué cosa era el Nuevo Testamento. Segun Jurieu (2), antes que Francisco I hubiese hecho revivir las letras humanas en Francia, la Biblia era un libro tan poco conocido del pueblo como el Corán. Y conviene tener presente que, segun este escritor, el renacimiento de las letras y la supuesta reforma reconocen una misma época y unos mismos autores. Fácil nos seria reunir otra multitud de recriminaciones por el estilo. Encuéntanse, por ejemplo, en las censuras de la Facultad de Teología de Paris muchas proposiciones, en que se enseña que en los años anteriores el Evangelio habia estado como adormecido y que la Escritura no habia sido bien entendida, ni bien explicada; que aun respecto de los prelados y pastores, era un libro cerrado y sellado del que nada comprendian, etc. (3).

Pero tratemos de analizar esa supuesta ignorancia que, segun acabamos de ver, se atribuye á los simples fieles y á los doctores, á las personas legas y al clero. Los primeros, á quienes se caracteriza con el nombre de pueblo, no se hallan en el caso de poder distinguirse en celo por el estudio de la Escritura, y por esta razon podria dispensárenos de hablar de ellos. Sin embargo, como Jurieu les acusa de serles tan desconocida la Biblia como el Corán, demostraremos en breves palabras la injusticia de semejante acusacion. Preciso es convenir en que tanto entonces como ahora y en todos tiempos, las personas que no sabian leer no hacian uso alguno de los Santos Libros, considerados precisamente como libros, y en

(1) Roberto Estéfano, prólogo de su respuesta á los doctores de Paris.— Enrique Estéfano, *Apolog. de Herodoto*, p. 382, edic. de 1566.

(2) Jurieu, *Apolog. para los reformadores*, t. 1, p. 145.

(3) D'Argentré, t. 2, ps. 26-27; *Ibid.* p. 108.

este sentido es cierto que la Biblia les eran absolutamente desconocida como el Corán. Mas esto, ¿podia impedirles por ventura, que supieran que en la Religion cristiana hay unos Libros Santos que contienen la historia, los dogmas y la moral de la Religion? ¿De qué hablaban, pues, los Pastores en sus catequismos, los predicadores en sus discursos, y los padres en las primeras instrucciones que daban á sus hijos, sino de los misterios revelados en los Libros Santos?

Hablemos con mas claridad. Enrique Estéfano, en su *Apologia de Herodoto*, cita á cada paso á Menot, Maillard y Barlette, que eran los oradores que mas en voga estaban á fines del siglo XV y á principios del XVI; trascribe algunos fragmentos de sus discursos, ridiculiza luego la manera que tenían de parafrasear los hechos históricos del Nuevo Testamento, y se indigna contra los abusos que dice hacian de los textos, alterando su verdadero sentido. Poco importa á nuestro propósito que estas acusaciones sean ó no calumniosas; porque de las observaciones del apologista siempre resultará que en el púlpito se citaban los principales textos y rasgos de la Escritura; que los predicadores se valian de ellos para instruccion de los fieles, y que se los presentaban como objetos de creencia y como reglas de conducta. Y bien, ¿prueba esto que el pueblo no tenia mas noticia de la Biblia que del Corán? ¿no prueba, antes bien, todo lo contrario?

Lo que hay de maravilloso es que Jurieu, al hablar de esa supuesta igual ignorancia en que vivian los franceses respecto de la Biblia y del Corán, diga en tono magistral: *Este es un hecho tan notorio, que no necesita pruebas*. ¿Qué! ¿Es un hecho notorio que el pueblo tenia tan poca noticia del cuerpo de doctrina comprendido en el Evangelio, como del sistema de la religion de los turcos? ¿Es notorio que si se hubiese preguntado á los aldeanos y á los habitantes de las ciudades, y á los legos de todas condiciones que componen el pueblo, qué sabian acerca de la vida de Jesucristo y de la de los Apóstoles, no hubieran podido responder mas que si se les hubiese hecho la misma pregunta acerca de las aventuras del falso profeta Mahoma? Si eso es un hecho notorio, debe ser muy singular esa notoriedad, pues ningun vestigio se encuentra de ella en las historias de aquel tiempo; una notoriedad de

que solamente Jurieu aparece como testigo y garante, cerca de dos siglos despues del suceso; una notoriedad que además está desmentida por dos pruebas de hecho.

La primera de estas resulta esclusivamente en favor del simple pueblo, que por su condicion no se hallaba en estado de consultar por si mismo el sagrado depósito de las Escrituras; pues es un hecho verdaderamente notorio que todo anunciaba á sus ojos los hechos del Evangelio. Anunciábanse los templos, las ceremonias eclesiásticas, los Oficios Divinos, las imágenes de Jesucristo, de su Santísima Madre y de los Apóstoles, sin contar las que representaban las maravillas del Antiguo Testamento; anunciábanse además las fiestas solemnes distribuidas en el curso del año para perpetuar el recuerdo de los misterios de la Religion, y hasta en el orden civil habia espectáculos destinados á las públicas solemnidades segun el gusto dominante de aquel siglo, que por extraño, gótico, y ridículo que se le suponga, no por eso dejaba de ser un testimonio visible de la creencia de los fieles; una señal tambien de su continua atencion á ocuparse de los hechos revelados en la Sagrada Escritura; una prueba capaz de refutar por si sola, sin necesidad de mas razonamientos, la supuesta notoriedad de Jurieu por lo tocante á la ignorancia de nuestros antepasados.

La otra razon que podemos presentar, es en favor de los del pueblo, y en general de todas las personas legas que sabian leer, sin tener por otra parte ningun otro elemento de literatura. Habia ya en aquella época Biblias traducidas al idioma vulgar, como lo acreditan las antiguas versiones de Guiars des Moulins, de Raoul de Presles y de algunos autores anónimos. Esta especie de libros se conservan aun en las bibliotecas de los príncipes, de los conventos y de particulares que han reunido colecciones de manuscritos. Los hay de todas las épocas, formas y siglos, y en algunos se ven apostillas ó sea anotaciones ó comentarios puestos al margen con el objeto de explicar el texto. Claro está, pues, que estas Biblias en idioma francés, demuestran que antes de las herejías del siglo XVI todas las personas legas podian estar mucho mas enteradas de la Sagrada Escritura que del Corán. La misma consecuencia podriamos deducir de las multipli-

cas ediciones de estas Biblias francesas hechas desde el año 1484, época de la primera publicacion de esta especie.

Empero pasemos de la esfera de los simples fieles y de la clase del pueblo á la de los eclesiásticos, doctores y obispos, pues á estos es á quienes conviene propiamente el celo de la Sagrada Escritura, y ese celo es el que demostraremos que ellos tuvieron: tan lejos estamos de afirmar con los sectarios, que en el clero habia decaído completamente el estudio y conocimiento de las Sagradas Letras. Remontémonos para formar una especie de tradicion hácia fines del siglo XV, y vayamos luego descendiendo de época en época hasta la de las turbulencias producidas por los sectarios. Esta tarea, como desde luego se echa de ver, no es mas que una mera discusion de critica, que supone haber hecho algunas investigaciones en la historia literaria de aquellos tiempos.

Desde luego aparece que en la facultad de teología de Paris nada se recomendaba tanto como el estudio de la Sagrada Escritura, que en aquel tiempo se designaba con el nombre de *Curso de Biblia*. Cuantas veces se hablaba de restablecer el buen orden y los ejercicios útiles en aquella universidad, se tenia el mayor cuidado de recordar los reglamentos antiguos que mandaban tomar lecciones de la Sagrada Escritura durante muchos años antes de recibir el doctorado. Los reglamentos del cardenal de Estouteville en 1452, y los decretos del parlamento de 1530 y 1535, eran terminantes sobre el particular (1). Es verdad que á fines del siglo XV, las bellas letras estaban aun bastante descuidadas, y la mayor parte de los profesores de Sagrada Escritura no tenían el talento de hacer interesantes sus explicaciones, y esto es lo que movió al célebre Guillermo Fichet á dar lecciones públicas de la Biblia. Este doctor era el literato mas insigne que habia en Paris en tiempo de Luis XI, y tuvo el celo de enseñar tambien las reglas de la elocuencia, formando en el arte de hablar y escribir discípulos que no hubieran sido indignos de los mejores tiempos. Asi es, que bajo la direccion de tan hábil maestro, la in-

(1) Du Boulay, t. 5, p. 504; Cheville, *Origen de la imprenta*, p. 94.

terpretacion de los Santos Libros se convirtió en un ejercicio mas apreciado, mas brillante y mas útil.

El mismo doctor y su amigo Juan de la Pierre, fueron los primeros que protegieron el arte de la imprenta en Francia: ofrecieron un asilo en el colegio de la Sorbona á Ulrico Gering y á sus asociados, y les hicieron emprender ediciones de las que aun hoy en dia se conservan ejemplares. Gering quiso manifestar su gratitud hácia este establecimiento, y así es que al morir dejó una cantidad que sirvió para instituir dos cátedras de Sagrada Escritura en la Sorbona. En vista de todo esto, ¿no se echa de ver que habia celo en procurar el progreso de la verdadera teología? ¿puede decirse que las Sagradas Letras estuviesen sepultadas, olvidadas y despreciadas en la mas famosa universidad del cristianismo? ¿merecen ser oídos Roberto, ni Enrique Estéfano cuando suponen que entre los doctores franceses habia alguno que á los cincuenta años no sabia *que cosa era el Nuevo Testamento*?

Es verdad que á fines del siglo XV no se consultaban los originales hebreo y griego, ó solo en muy raras ocasiones; pero tambien es preciso confesar que este género de erudicion no es esencial para conservar ileso el depósito de la fé y de la moral. La mayor parte de los SS. PP. de la Iglesia latina no supieron el hebreo ni el griego, y todos los de la Iglesia de Oriente, esceptuando Origenes, ignoraron el primero de esos dos idiomas; pero ¿por eso podrá decirse que aquellos grandes hombres abandonaran y ni siquiera descuidaran la ciencia de las Escrituras? Mas como al fin la inteligencia de los dos idiomas contribuye á dar esplendor á los estudios, y además sirven de mucho para la inteligencia de los Libros Santos, fué muy conveniente que reviviera la afición á su estudio, y nótese que efectivamente fué muy bien recibido y protegido, desde que se principiaron á imprimir libros en aquellos idiomas.

Por los años de 1508, el príncipe Francisco duque de Valois, y heredero presuntivo de la corona (1), comprometió á Francisco Tissard á que abriese una escuela de lengua santa, y este docto personage hizo imprimir con

(1) Cheville, p. 217 y siguientes.

este objeto una gramática hebrea. Tuvo tambien el proyecto de publicar en hebreo todos los libros del Antiguo Testamento; pero se lo frustró su muerte. Tissard era natural de Amboise: habia aprendido el hebreo en Italia bajo la direccion de un rabino de la sinagoga de Ferrara, y tuvo por condiscipulos á Maturino de Pledran, despues obispo de Dol, y á Agustín Grimaldi, que fué obispo de Grasse y uno de los mas íntimos amigos de Sadolet (1). Entramos en estos detalles, para demostrar que desde los primeros momentos de la restauracion de las letras, la Iglesia de Francia tuvo prelados que sabian la gramática hebrea, lo cual está muy lejos de lo que Calvino queria suponer cuando decia, que *una buena porcion de los obispos de todo el mundo ignoraba hasta la gramática latina* (2).

Pero añadamos todavía algunas anécdotas literarias que pueden servir para aclarar esta controversia. Habiendo subido Francisco I al trono, todas las ciencias adquirieron un nuevo brillo, y las lenguas sabias se fueron cultivando mas y mas. En 1516, el obispo de Nebbio. Agustín Justiniani, noble genovés y religioso del orden de Santo Domingo, hizo imprimir en Génova el Salterio en cinco lenguas, latin, griego, hebreo, caldeo y árabe, y lo dedicó al Papa Leon X (3). Este libro es una obra maestra de literatura, y un monumento de la mas profunda erudicion. Génova pertenecia entonces á la Francia, cuyo rey, aconsejado por Esteban Poncher, obispo de Paris, y posteriormente arzobispo de Sens, y por su confesor Guillermo Petit, obispo de Senlis, quiso tener en la capital de su monarquía un sabio como Justiniani. Este prelado se hallaba á la sazón en Roma entre los Padres del concilio de Letran, que estaba ya celebrando sus últimas sesiones. Fueron á buscarle en nombre de Francisco I, y pasó á la corte de este príncipe, que le dotó con una pensión de trescientos escudos, con el título de consejero y limosnero suyo. El obispo de Nebbio, colmado de favores, se puso á enseñar el hebreo y el

(1) Galia Christ. Ecles. Gras. Sadolet, ep. XIV, t. 4.

(2) Calvin. in Antid. Conc. Trid.

(3) Cartas de M. Simon, ant. edic. t. 3, p. 93 y sig.; Cheville p. 291; Echard, Bibl. Dom, t. 2, p. 26

árabe en Paris en el colegio de Reims, y en los cinco años que desempeñó esta tarea, formó discípulos tan aprovechados, que se hallaron en estado de dirigir la edicion hebrea de la gramática del rabino Moisés Kimhi, y la de algunos otros libros de la Biblia, con que su maestro, el obispo, quiso enriquecer al público. Justiniani merecía un puesto mas distinguido que su pequeño obispado de Nebbio en la isla de Córcega; y así el rey le prometió un establecimiento considerable, y es bastante sabido el carácter de aquel monarca para que pueda dudarse de que la promesa no fuera cumplida. Pero despues de varios viages por Flandes é Inglaterra, el prelado quiso volver á ver su diócesis, en cuyo tiempo habiendo ocurrido las guerras de Italia, la cautividad de Francisco I y las desgracias del Papa Clemente VII, Justiniani pasó unos diez años en Córcega, y al cabo de ellos fué algunas veces á Roma y otras á Génova que era su patria. Finalmente, en un viage que emprendió desde esta ciudad á su isla, pereció desgraciadamente por haber naufragado la embarcacion en que hacia el tránsito.

Esto ocurría en 1536, en cuya fecha las Sagradas Letras y las lenguas sabias eran ya cultivadas con esmero en Francia. El rey habia fundado su colegio Real en el que Vatablo, Agathias Guidacer y Pablo Paradis fueron los primeros profesores de hebreo, y Pedro Danés y Jacobo Tousan, dieron lecciones de lengua griega. Es tan de primer orden el mérito de estos profesores, que solo con nombrarlos se podria creer que las ciencias habian llegado á toda su perfeccion y madurez, sin dar ninguna de las señales de debilidad propias de la infancia, y que todo el esfuerzo de los siglos venideros no será suficiente para sobrepujar la gloria de los grandes maestros de que acabamos de hablar.

Y no se diga que aquel establecimiento se instituyó á resultas de la reforma de Lutero; pues desde el año 1517, cuando este sectario no era todavía conocido en Francia, el rey habia manifestado sus deseos acerca de la fundacion del colegio Real. Sus favoritos Guillermo Budé, Esteban Poncher y Guillermo Petit habian pedido á Erasmo pasase á encargarse de su direccion, y solamente por las guerras y desastres que ocurrieron en Francia se sus-

pendió la apertura de aquella nueva escuela hasta el año de 1530.

Tampoco se puede decir que todos aquellos ilustres personages, sabios y amigos de las ciencias, protectores y protegidos hayan favorecido la heregia. Francisco I fué siempre enemigo mortal de ella, y ni el obispo de Paris ni el de Senlis aparecen sospechosos por ningun concepto en esta materia. Los protestantes querrian atraer á su partido al célebre Budé, pero su libro *Del pasage de la gentilidad al cristianismo* basta por sí solo para absolverle de semejante complicidad. Por lo que toca á los primeros profesores del colegio Real, vivieron constantemente adictos á la Religion católica, y Pedro Danés fué mirado por los calvinistas como uno de los mas declarados enemigos de su secta (1).

Pero se nos dirá que aquellos sabios *no se mezclaban en ningun asunto de teología* ni de Sagrada Escritura, segun poco mas ó menos dice Teodoro de Beza en su *Historia de las Iglesias reformadas*. A esto es muy fácil contestar que todos los que se dedicaron á enseñar ó á cultivar la lengua hebrea, se ocuparon seguramente en entender y esplicar los Libros Santos. Así es que Vatablo en sus lecciones comentaba la Biblia, y sus notas fueron recogidas aunque con poca fidelidad por Roberto Estéfano. Guidacer dejó comentarios sobre treinta y dos salmos, y sobre el *Eclesiastes* y el *Cantar de los Cantares*. Así es que antes que ellos el docto obispo de Nebbio, Justiniani, no se proponia en sus estudios ni en sus lecciones mas que la esplicacion de las diversas partes del Antiguo Testamento. Respecto de aquellos que no eran profesores de hebreo, tampoco se puede decir que abandonaron sus trabajos sobre la Sagrada Escritura; pues, por ejemplo, Budé, segun dice Erasmo, escribió notas acerca del Nuevo Testamento, y Oroncio Finé, que solo era profesor de matemáticas en el colegio Real, redactó una geografía sagrada con un mapa de los viages de San Pablo. Mas lo que merece llamar la atención, es que aquellos sabios fueron el tronco, digámoslo así, de una generacion de otros varones eminentes que cultivaron las Sagradas Letras y prestaron insignes servicios á la Igle-

(1) Beza, Hist. eccles. l. 1.